

Catolicismo francés y español en el novecientos: esquema de una dependencia

Brac, 117 (7-17) 1989

Por José Manuel CUENCA TORIBIO

(ACADEMICO NUMERARIO)

(Discurso apertura del año académico 1989-90)

Antecedentes decimonónicos.

Aunque el tema requeriría alguna precisión previa, cabe afirmar con cierta rotundidad que la principal fuente de inspiración del catolicismo español del siglo XX ha sido el francés. Dadas las coordenadas en que se ha desenvuelto la cultura peninsular a lo largo de la centuria que ahora termina, el fenómeno nada tiene de sorprendente. Desde que España perdió su hegemonía política mundial la influencia gala en todas las manifestaciones de su vida colectiva, pero muy especialmente de las que nos ocupan, ha sido determinante. Con algún que otro eclipse debido a un ocasional predominio del ascendiente alemán, inglés y, en menor medida, italiano, en círculos siempre minoritarios, la huella de la inteligencia y la sensibilidad francesas han marcado honda y decisivamente el decurso de la cultura hispana.

A partir de los orígenes mismos del ochocientos tal presencia puede rastrearse sin dificultad en el terreno religioso. Los clásicos del pensamiento contrarrevolucionario de matriz eclesiástica fueron los famosos escritores galos que vertebraron y, sobre todo, hicieron circular las ideas contra el magno acontecimiento de 1789. Igualmente los autores liberales que en las primeras décadas del XIX se mostraron receptivos a ciertos aspectos del legado revolucionario se alimentaron en plumas francesas en sintonía parcial o completa con el espíritu de aquella fecha (1).

Adentrada la centuria, las cosas seguirían discurriendo por idénticos cauces, sin que el esfuerzo representado por Balmes para ampliar el paralaje del **corpus** doctrinal de la iglesia hispana en sus actitudes ante las grandes corrientes de su tiempo llegara a cuajar en sólidas realidades (2).

(1) Cuenca Toribio, J.M., "El episcopado español ante la Revolución Francesa", *La Ciudad de Dios*, LXXXVIII, (1989). El pretencioso volumen dirigido por R. Aymes, *España y la Revolución Francesa*, Barcelona, 1989, no arroja ninguna luz sustancial sobre tema tan decisivo en la historia del pensamiento español.

(2) Cfr. García Escudero, J.M., *Antología política de Balmes*, Madrid, I, 1981, y Cuenca Toribio, J.M., *Apertura e integrismo en la Iglesia española decimonónica*, Sevilla, 1970. Alguna visión interesante y datos poco conocidos en Encinas, J. de, *La tradición española y la revolución*, Madrid, 1958, pp. 82 y ss.

Conforme es sabido, la aparición de un catolicismo seglar con cierto grado de adultez es un hecho muy tardío en la historia peninsular. Cuando ello se produjo, en la etapa de la Restauración, la dependencia gala en nada se alteró. El germanismo que tan poderosamente alentó en el gran movimiento intelectual generado por la Institución Libre de Enseñanza tuvo también un reflejo en ciertas laderas de la cultura católica, en especial, las relacionadas con la acción y el apostolado sociales, pero estos últimos anduvieron lejos de equipararse en intensidad y eficacia con el presente en los hombres y actividades que se movieron en la órbita del krausismo (3).

Curiosamente, el influjo galo durante todo este tiempo se ejerció con semejante patencia en el pensamiento antirreligioso o al menos anticlerical. En efecto, el robusto anticlericalismo hispano se nutrió en este punto abundantemente de la literatura francesa, la más accesible, por razón idiomática -la italiana alcanzaría siempre escaso eco- a las esferas burguesas en las que se reclutaron los guías de dicho movimiento (4). En el terreno novelístico el trasplante resulta sorprendentemente revelador -piénsese, por ejemplo, en el absorbente influjo de Renan sobre Clarín y de Hugo sobre Blasco Ibáñez- quedando preservado de ello -y acaso no siempre- el narrador más genial de la época: Galdós (5).

En el más cosmopolita de los escritores españoles decimonónicos, don Juan Valera, tanto sus incursiones por el campo del catolicismo -pocas- como por el del anticlericalismo -aún más escasas y en todo momento comedidas- no atraviesan la aduana francesa, pareciendo así confirmar la hipótesis de que buena parte de la fuerte impregnación de la cultura española contemporánea por la gala pudiera deberse a la visión reducida y al estrecho horizonte de la mayor parte sus autores y corrientes (6).

Muy relacionada con este punto y, en general, con todo lo expuesto se encuentra la enorme deuda intelectual contraída con la cultura francesa por los países americanos emancipados de España a lo largo de la mencionada centuria. Argentina es quizá la nación prototípica, en pie de igualdad con Méjico o Perú. Sin embargo, el mestizaje imperante en algunos de estos territorios, el enorme y plural contingente inmigratorio que enriqueció a su población y la consiguiente influencia de otros ámbitos culturales, amén del ascendiente yanqui, acabarían por dibujar un panorama no superponible al español sino a muy grandes rasgos (7).

(3) Cuenca Toribio, J.M. *Iglesia y burguesía en la España liberal*, Madrid, 1979.

(4) Id, "Un posible punto de partida para el análisis de una cuestión clave de la historia española contemporánea: el anticlericalismo". En *Actas del III Coloquio sobre la Masonería española*, Zaragoza, 1989, III, pp. 707-730.

(5) Miranda García, S., *Pluma y altar en el XIX español. De Galdós al Cura Santa Cruz*, Madrid, 1984.

(6) Id, *Religión y clero en la gran novela española del XIX*, Madrid, 1982.

(7) Alfonso Reyes abordó el tema en varios de sus admirables ensayos. Vid. en particular *Obras Completas*, Méjico, XI, 1960, pp. 72 y ss.

El primer préstamo del siglo XX.

La aurora del novecientos fue en España, como en el país vecino, agitada y revuelta desde el punto de vista religioso y eclesial. La controversia clericalismo-anticlericalismo halló entonces su fastigio en uno y otro país, bajando también en ambos muy turbulentas las aguas de otra gran querrela nacida durante la etapa precedente: el conflicto ciencia-fe, emblemático, en definitiva, de la **magna quaestio** de la aceptación o el rechazo del mundo contemporáneo por la Iglesia Católica. En Francia todas estas polémicas obligaron a tomar posturas a los espíritus más serenos, pudiendo considerarse dicho debate desde numerosos ángulos como el correlato en el campo de la religión y espiritualidad del coetáneo "affaire Dreyfus", en el que también participaron algunas de las fuerzas en que la conciencia espiritual gala se había antagonizado. Ultramontanos y **esprits forts**, católicos **enragés** y anticlericales furibundos analizaron y vivieron con apasionamiento la persecución anticlerical de Waldeck-Rousseau, la separación de la Iglesia y el Estado por E. Combès, la gestación y secuelas de la encíclica **Pascendi** y las medidas de aproximación a Roma de Aristides Briand, materias todas de las que extrajeron abundantes elementos para las propias batallas en que estaban empeñados unos y otros en su patria (8).

La circunstancia de sentarse en el solio pontificio uno de los Papas más afectos por la masa tradicional del país en la edad contemporánea y de que su hombre de confianza fuera el cardenal español Merry del Val añadiría un factor más, aunque nunca anecdótico, al eco y a la vigencia obtenidos por la lucha religiosa en la España del alborar del XX. Pero ni siquiera el relativo descenso de la influencia francesa en la cúpula de la Iglesia y su correspondiente "españolización" restó, como decíamos, trascendencia a la impronta gala en la fase de la que nos venimos ocupando.

Todos los medios que dentro del partido liberal se esforzaron por llegar a una sustancial limitación de las órdenes e institutos religiosos tomaron como modelo a imitar la política aplicada al otro lado de los Pirineos. Si López Domínguez y Romanones, representantes respectivamente de la vieja y joven guardia de la formación creada por Sagasta, procuraron seguir muy de cerca los pasos dados en Francia, el anglófilo Moret y otro espíritu no menos cultivado y universal como fuera Canalejas no ofrecieron otra receta para la solución del llamado "problema clerical" que la puesta en práctica en el país vecino, si bien en menores dosis y sin llegar a la ruptura del régimen concordatario. Y el más famoso de los políticos anticlericales del siglo XX -con razón o sin ella-, descubriría coetáneamente un extremo interés por conocer con toda puntualidad los entresijos de la política religiosa de la III

(8) Cuenca Toribio, J.M., **Relaciones Iglesia y Estado en la España contemporánea**, Madrid, 1989.

República Francesa, en particular, la de los principales doctrinarios de su importante obra secularizadora (9).

Poco intelectualizado y con escaso bagaje científico, el catolicismo hispano viviría quizá con menos intensidad la famosa controversia modernista. De cualquier forma, empero, la condena papal del agosto de 1907 fue recibida con gran alegría en todos sus estratos como un nuevo **Syllabus** (10). Todo el relativo clima oscurantista que se desató sobre la Iglesia a partir de la **Pascendi** fue muy del agrado de la jerarquía y clero hispanos, con un poder de configuración casi absoluto de la opinión pública confesional. Los teóricos franceses de la orientación del papa Sarto y de los más conspicuos campeones del integrista galo se convirtieron en verdaderos **máitres á penser** de los publicistas eclesiásticos peninsulares.

Y como consecuencia en gran medida de lo acabado de recordar los avatares de **Le Sillon** pasaron completamente inadvertidos en nuestro país. La absoluta inexistencia de fermentos progresistas en el laicado y clero explican dicho silencio. En el campo del denominado cristianismo social, los trabajos de algunos seculares no dejaron de ser fecundos y hasta en ocasiones connotados de cierto aire de autonomía respecto de la tutela eclesiástica. Sin embargo, en el terreno político la cohesión entre clero y laicado se manifestó granítica, al dejar el último que fuera la jerarquía y sus ministros los que señalarán las pautas de actuación, abandonando en todo caso en el parlamentarismo conservador "la defensa de los intereses católicos". Pretensión de las realidades políticas que aclara en último término el divorcio entre civilización contemporánea y catolicismo español hasta que el desafío de las circunstancias, ya en los años 30, impidiera dilatar esta postura inicial, arrastrada desde largo tiempo atrás (11).

De la guerra europea a la guerra de España.

Durante los años diez y veinte los ejes que formaban el desenvolvimiento del catolicismo español no cambiaron significativamente. Por ende, tampoco la vinculación de éste al francés se modificó de manera palmaria. Aunque el influjo italiano se acrecentó en los medios eclesiales por el progresivo número de sacerdotes educados en los centros de la Ciudad Eterna, llamados a ocupar, en términos generales, los puestos de mayor relevancia de la Iglesia docente hispana, esta corriente quedaría contrarrestada por dos hechos a los que aludiremos muy someramente.

(9) Azaña, M., **Obras Completas**, Méjico, I, 1966.

(10) Cuenca Toribio, J.M., **Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España**, Madrid, 1978.

(11) Cuenca Toribio, J.M., "Los católicos españoles ante la Segunda República" en **Homenaje al Cardenal Vicente Enrique Tarancón**, Barcelona, 1984; las Memorias de esta gran figura de la Iglesia española contemporánea son muy esclarecedoras respecto a la conmoción producida en el catolicismo tradicional provocada por el reto republicano.

A través de todo el reinado de Alfonso XIII, Cataluña conquistó, en empeño admirablemente sostenido, la primacía intelectual de nuestra patria, al convertirse en vivero o en principal caja de resonancia de los movimientos culturales que dieron tono a la época. La clerecía no quedó marginada de esta admirable aventura y se situó, con todo merecimiento, a la cabeza de la Iglesia institucional española en orden al desarrollo de las ciencias y cultura eclesiásticas.

Los fuertes lazos que unían desde tiempos muy lejanos al Principado con la nación francesa se traducirían en estas décadas en una singular imantación por todas las vicisitudes del movimiento de sus letras y artes. También, naturalmente, el plano eclesiástico se vió atravesado por esta tendencia, y el ascendiente galo se mostraría muy intenso y fecundo en punto a las parcelas cultivadas con mayor preferencia y en el rumbo seguido en ellas por el clero secular y regular catalán (12).

También por vía francesa penetraron en España las corrientes de la primera movilización verdaderamente considerable de los seglares. La Acción Católica y las Juventudes Obreras Católicas, movimientos con los cuales Pío XI aspiraba a galvanizar por vez primera a gran escala las energías del laicado, tuvieron en sus jalones iniciales en nuestro país un marcado sabor ultrapuertos. De ambos está aún por hacer la historia, pero los datos conocidos bastan para que se pueda afirmar cómo sus conciliaris y capellanes bebieron con predilección en los escritos galos a la hora de la exégesis y de la interpretación de los documentos pontificios y de los escritos del P. Cardijn.

Con la llegada de la Segunda República las relaciones entre catolicismo hispano y francés van a experimentar un punto de inflexión. Mientras que la corriente tradicional llega incluso a reforzarse con sus ramificaciones en el terreno del ideario político -aparición de Acción Española, imitadora en amplia medida de la francesa-, el surgimiento de los primeros círculos de seglares progresistas irán a insertarse en la órbita del pensamiento maritainiano (13). Sobre todo en Cataluña, esta corriente demócrata-cristiana llegará a plasmarse en un partido lleno de dinamismo y con gran poder de penetración en esferas influyentes del Principado (14).

(12) Cuenca Toribio, J.M., **Sociología del episcopado español e hispanoamericano (1789-1985)**, Madrid, 1986. En la **Miscellanea Carles Cardó**, Barcelona, 1962, pueden espigarse abundante información sobre dicho extremo.

(13) Es ésta una cuestión en la que no se detiene el prejuicioso y agudo analista de dicho movimiento Morodo, R., **Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo**, Madrid, 1980, en especial, pp. 149 y ss., y pp. 236 y ss. Noticias y datos del mayor interés en Vegas Latapie, E., **Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República**, Barcelona, 1983, y también aunque en menor medida, en la continuación de estos recuerdos, **Los caminos del desengaño. Memorias políticas. 2. 1936-1938**, Madrid, 1987.

(14) Ofrece un buen análisis Tusell, J. **Historia de la Democracia cristiana en España**, Madrid, II, 1974, pp. 123 y ss. Sobre las bases de esta fuerza política será muy provechosa la consulta del libro **La federació de joves cristins de Catalunya (contribució a la seva història)**, Barcelona, 1972. Más decepcionante es la consulta

De la guerra al Concilio Vaticano II.

La intervención de los católicos tradicionales y de los progresistas franceses fue, como es bien sabido, muy intensa en la contienda civil de 1936, ayudando a cada uno de los dos bandos en lucha a través de procedimientos diversos: suscripciones, escritos, campañas propagandistas, etc (15). La actitud ante el conflicto ibérico fijó muchas de las posiciones de los católicos galos y ahondó, en la etapa frentepopulista, sus diferencias (16).

La beligerancia adoptada por los gobiernos radical-socialistas a favor de la España republicana favoreció en la franquista el resurgimiento de una visión maniquea del pasado galo, en la que la Francia de San Luis y Juana de Arco quedaba sepultada por la Francia de Robespierre, Clemenceau y Leon Blum. La Francia contemporánea se ofrecía por los "publicistas nacionales" como el ejemplo vivo de un país descatólico por las oscuras fuerzas de la revolución, la masonería, el anticlericalismo y el comunismo... Ilustres plumas francesas venían en ayuda de dichos propagandistas a la manera de Maurras, Bainville, Fay, etc., continuamente mencionados, en

de García Jordán, P., *Els catòlics catalans i la Segona Republica (1931-1936)*, Barcelona, 1986.

(15) Cuenca Toribio, J.M., *La guerra civil de 1936*, Madrid, 1986.

(16) " A l'opini3n publique la guerre d'Ethiopie avait posé brutalement le problème de la guerre coloniale et de sa légitimité, avec cette complication pour les catholiques que l'agresseur était la catholique Italie sous un régime vivant en bonne intelligence avec la Sainte-Siège. La guerre d'Espagne, pose soudain le problème de la guerre civile, avec une acuité saisissante: l'analogie des situations politiques de part et d'autre des Pyrénées, l'homonymie même des coalitions de gauche font que les Français ont l'impression d'être spectateurs de leur propre drame qui se joue de l'autre côté de la frontière par pays interposé. Le problème de conscience s'aggrave pour les catholiques de ce que le soulèvement a pris un caractère de guerre religieuse. L'opinion catholique est profondément troublée et passionnément divisée; les plus grands noms de l'intelligence et des lettres se jettent dans la mêlée. La presse porte la trace de ce trouble et de ces luttes. "Rémond, R., *Les catholiques dans la France des années 30*, Paris, 1979, p. 175. "La guerre d'Espagne a été déterminante pour beaucoup de mes contemporains. Moi-même, je ne saurais dire si, sur le moment, je le ressentie comme je la vois avec le recul du temps. Je me souviens que j'avais été scandalisé par la destruction de Guernica et que j'avais de la sympathie pour les Basques. A un meeting de la J.E.C., en 1938, où s'était produite une chorale basque, celle-ci a été longuement ovationnée. Nous manifestions ainsi notre sympathie pour les Basques luttant pour leur liberté - leur liberté catholique- contre les nationalistes. Je crois que nous devions mettre quelque affectation à dire **les Républicains** et non pas **les Rouges**". Rémond, R., *Aimé Savard interroge René Rémond. Vivre notre histoire*, Paris, 1976, pp. 32-33. "D'instinct, j'éprouvais de l'horreur pour Franco, sa bande et sa bandera. Je dévorais **Les grands cimetières sous la lune**. Je suivais les meetings des intellectuels antifascistes où s'exprimaient Malraux, Chamson, Benda. Malraux, Chamson!". Mitterand, F., *Ma part de vérité. De la rupture à l'unité*, Paris, 1969, p. 18. "Curieusement, ces contradictions ne me sensibilisaient guère aux querelles internes de l'AF. Et pourtant, la veille maison craquait sous toutes sortes de dissidences. Celle de Bernanos me touchait le moins. Tout simplement parce qu'elle était liée à la guerre d'Espagne et que mon monde était en bloc pour Franco et contre les rouges. Il n'y avait de place pour le moindre doute" Aries, PH., *Un historien du dimanche*, Paris, 1980, p. 62. "Quelques mois après l'entrée de la Reichswehr en Rhénanie, le gouvernement du Front populaire arriva au pouvoir et bientôt éclata la guerre civile espagnole. Une fois de plus, la prise de position diploma-

especial, por los autores del pensamiento contrarrevolucionario surgido de las filas de Acción Española. Alejado del ideario falangista sospecho de proclividad paganizante y totalitaria, todo el episcopado y clero hicieron suya la visión de "los vencidos", con tesis conspiradoras incluídas (17).

El triunfo de Franco haría que la estela de tal corriente llegara a monopolizar el ascendiente francés sobre el catolicismo hispano hasta el término del régimen petainista, que no tuvo ningún contrapeso en la avasalladora presencia alemana por el decaimiento en el que entonces se hallaba el catolicismo germano y por la ausencia de intérpretes solventes. Si Zubiri recogía algún pensamiento de dicho catolicismo o Julián Besteiro consagraba sus últimas horas a la traducción de un libro alemán, **Jesucristo**, de K. Adam, que iba a obtener una gran audiencia, eran estos hechos muy aislados sin impacto real a la hora de conformar una extendida corriente de opinión. Incluso el germanófilo Manuel García Morente (1886-1942) tendría como mentores de su formación sacerdotal, una vez acaecida su espectacular conversión en París, a autores franceses (18).

El lazareto internacional en el que transcurrió la existencia española hasta promediada la década de los cincuenta, fue, junto

tique ne se séparait pas de préférences idéologiques; la notion de l'intérêt national se perdait dans le tumulte des passions.

J'étais de coeur avec les Républicains espagnols: autour de moi, le choix allait de soi. André Malraux, Edouard Corniglion-Molinier étaient partis immédiatement pour Madrid, qui restait la capitale de l'Espagne républicaine. Parmi mes amis de l'Université, Robert Marjolin, Eric Weil, Alexandre Koyré, Alexandre Kojève, la question ne se posait pas davantage." Aron, R., **Mémoires**, Paris, 1983, p. 141. "D. W.-

Vous étiez favorable, vous à l'intervention en Espagne, ou bien vous étiez neutraliste? R.A.- Je pensais que Léon Blum avait raison. Le gouvernement n'avait pas le droit d'intervenir en Espagne dans une cause que divisait profondément les Français.

D.W.- **Oui, mais tout de même, la cause c'était la démocratie! Et les hitlériens et les fascistes aidaient Franco.**

R.A.- La moitié des Français était contre l'intervention française en Espagne. Il était difficile de risquer une crise diplomatique avec la moitié du pays contre le gouvernement. Les accords diplomatiques ont réduit quelque peu les interventions allemandes et italiennes. Mais il faut ajouter que le gouvernement franquiste n'est pas intervenu dans la Grande Guerre. Ce qui prouve que pour une fois nous ne nous étions pas trompés". Aron, R., **Le spectateur engagé. Entretiens avec Jean Louis Missika et Dominique Wolton**, Paris, 1981, p. 59.

(17) Veinte años más tarde la tesis doctoral en Ciencias Jurídicas de uno de los más destacados exponentes del pensamiento tomista en la España del siglo XX, Canals Vidal, F., **Cristianismo y revolución. Los orígenes románticos del Cristianismo de izquierda**, Barcelona, 1957, recogía aún el eco de estas posiciones. Poco tiempo atrás, el traductor de **Historia de la Democracia Cristiana. De Lammenais à Georges Bidault**, Madrid, 1950, de Montagne, H. de la, escribía: "Y si la historia aquí relatada representa la historia de Francia exclusivamente, no hay exageración en afirmar que su conocimiento es de gran importancia para los católicos de todos los países, pues la experiencia francesa sobre el particular bien merece honda reflexión en los tocante a sus jornadas, a sus métodos y a sus resultados".

(18) "Le envié por medio de su mujer mi ejemplar del libro **Jesus Christus**, del teólogo alemán Karl Adam; un libro interesante y claro, que yo había leído con mucha complacencia; pensé que le gustaría traducirlo y que no le sería difícil encontrar editor". Marias, J., **Un vida presente. Memorias 1 (1914- 1951)**, Madrid, 1988, pp. 282-3. Acerca de García Morente vid el estudio preliminar de Gamba, R., a

con la regresionista política cultural de la dictadura, la causa principal de la indiferencia o la hostilidad con que fueron miradas las obras de los inspiradores de la corriente demócrata-cristiana triunfante en la "Europa vaticana". Maritain vino a ser blanco de los ataques de alguno de los autores seculares de mayor brío dialéctico o con más poderosas influencias en los medios políticos del momento. Al propio tiempo las corrientes neotomistas tomaban en la península como abanderados a figuras tales como el dominico Garrigou, Lagrange o el profesor Jean Guitton, represaliado por los primeros gobiernos de la Liberación y de la IV República (19). Perteneciente al mismo ámbito de la cultura francesa habría que registrar en este capítulo la vasta audiencia alcanzada en la península por escritores belgas como el canónigo lovainense J. Leclercq, cuya inmensa obra se vertió al castellano en casi su totalidad, con indesmayable aplauso de crítica y público. En amplia medida, así ha sucedido igualmente con la de su colega el gran historiador R. Aubert .

La veloz progresión del **Opus Dei** con su espectacular penetración en las esferas universitarias y extensas capas de la burguesía prestó a este revival tomista uno de sus motivos esenciales. Aunque castiza y rigurosamente original, según sus seguidores, la mentalidad difundida por la poderosa Asociación de la Santa Cruz tomaba muchos ingredientes de autores franceses traducidos con gran frecuencia en sus editoriales y muy citados entre sus publicaciones (20).

Sería de incontestable importancia historiar la trayectoria de la revista **Esprit** en el ámbito hispánico. Sin conocer su itinerario español, estamos, empero, en condiciones de calibrar el destacado impacto del grenoblense Mousnier y su obra en exiguos círculos del catolicismo ilustrado de la crucial década de los cincuenta. El personalismo echó entonces sus semillas en dicho surco, creciendo con notable rapidez hasta convertirse en uno de los nervios ideológicos de la célebre revista **Cuadernos para el Diálogo**, tal vez la publicación en su género más influyente social y políticamente en todo el reciente pasado español, según lo patentizaría la transición hacia la democracia, período en que sus inspiradores representaron un papel de primer orden para el encauzamiento y consolidación del actual sistema (21).

A fines de los años cincuenta, el influjo del catolicismo germano se va a hacer muy presente en la vida española. Su recepción será

su libro **Ideas para una Filosofía de la Historia de España**, Madrid, 1957. Ofrece pocos datos Idiarte, M., **El Profesor García Morente, sacerdote. Escritos íntimos y comentario biográfico**, Madrid, 1956.

(19) Cfr. la obra escrita en un perfecto castellano de Palacios, L.E., **El mito de la nueva Cristiandad**, Madrid, 1954, 2 ed. y Guitton, J., **Un siècle, une vie**, París, 1988.

(20) Cfr., a título de sencillo ejemplo, el catálogo de sus colecciones de libros de espiritualidad "Patmos" y "Palabra".

(21) El desmitificador libro de Hamon, H. y Rotman, P., **Les Intellocrates. Expédition en Haute Intelligentsia**, París, 1981, pp. 201-10 al abordar la difusión de **Esprit** no hace referencia a su proyección hispana.

un punto de referencia obligado en la historia cultural del período. Aunque buena parte de los libros y, sobre todo, de las revistas de mayor difusión en los ambientes católicos continúan dando ancho vado a las ideas y actitudes francesas y, a las veces, italianas, las personalidades y focos directivos del catolicismo español en su doble costado eclesiástico y seglar se mostraban cada vez más atentos a las corrientes que sacudían a los medios germanos en los fervorosos años preconciiliares.

De esta forma el Vaticano II fue interpretado desde una óptica primordialmente centroeuropea. Se reconocía que sus pioneros habían sido indudablemente franceses como los PP. Congar, Chenu, Danielou, el mismo Teilhard de Chardin y los seglares Maritain, Mousnier, Guitton, Mauriac, Marrou, etc, pero se ponderaba enfáticamente el caudaloso aporte del catolicismo germano al mensaje conciliar. En la inmensa avalancha bibliográfica generada por el Vaticano II los títulos alemanes gozaron por unos años de la preferencia de los cenáculos intelectuales más destacados (22).

Del Concilio a nuestros días.

El fin del Concilio coincidente con la inauguración de un pontificado tan francófilo como el del Papa Montini presenció el retorno a la influencia gala, aunque ya sin los caracteres absorbentes y exclusivistas de períodos anteriores. En la hora de la decantación y el balance, el catolicismo español no podía olvidar ni renegar de los esfuerzos de sus fermentos más renovadores, así en su proyección conservadora y tradicional como en la más aperturista y dialógante. En todos sus destinos el faro francés lo había iluminado y un mínimo deber de justicia histórica imponía reconocerlo. Baudrillard, Suhard, Gilson B. Thibon,... alumbraron con su reflexión muchos caminos de la Iglesia española contemporánea, presentándose ésta en gran parte como su deudora preferente (23).

Legado sin duda positivo por la riqueza ideológica que inyectó en su acervo doctrinal, pero del que cabe, no obstante, preguntarse si encerró algún rasgo negativo o desafortunado. A pesar de las similitudes entre las sociedades de estos dos grandes pueblos latinos, el decalaje entre uno y otro fue en ciertos estadios demasiado pronunciado para no revestir a las formulaciones del pensamiento hispano que bebía en las fuentes francesas la apariencia al menos de artificialidad. En ocasiones, las realidades españolas requirieron quizás un tratamiento menos "intelectualizado" que el explicitado en las

(22) Probablemente cuando se publiquen las conceptistas memorias referentes a este período del actual duque de Alba, el antiguo sacerdote santanderino Jesús Aguirre, que tanto se afanó por la difusión en España del pensamiento teológico alemán, podamos contar con una visión enjundiosa del asunto reseñado más arriba.

(23) El largo elenco de autores franceses debe incluir necesariamente a Danniell Rops, a quien se debe quizás la "socialización" más extensa de la historia sagrada entre el público español de los decenios centrales de la centuria.

tomas de postura francesas; y ello contribuyó a dar a veces soluciones falsas a nuestros problemas. Tal sería el caso, por ejemplo, de algunas de las dimensiones del apostolado obrero y del universitario en los años cincuenta y aún posteriores (24).

Pero tampoco conviene olvidar que fenómenos tan específicamente hispanos como el nacional-catolicismo hispano, bien alicorto y al fin y al cabo tan perjudicial para la Iglesia española no contó, ni en su gestación ni en su desarrollo, con la contribución francesa, al no haberlo vivido la Iglesia gala ni siquiera en la etapa petainista (25).

En el decenio finisecular del novecientos el tema aquí bosquejado es ya un capítulo de la historia cultural de ambos países. Su comprensión, conforme nos hemos esforzado en apuntar en varias acotaciones precedentes, únicamente se conseguirá al colocarlo en el horizonte de la gran vinculación y dependencia manifestadas por el pensamiento español respecto al francés a través de las últimas centurias. La irradiación y el prestigio alcanzados por éste en la Europa mediterránea y eslava eliminó cualquier competencia que en la materia que abordamos pudiera provenir de Italia, corazón y centro de la vida católica en el terreno organizativo y burocrático. Tanto las órdenes religiosas de origen autóctono como las foráneas—sin duda la fragua más importante de la religiosidad hispana—aclimataron en España las ideas de los publicistas galos. Jesuítas y dominicos se equipararon aquí a cartujos y lasallianos. En este terreno, pues, importará repetirlo, la andadura de la cultura católica se acomodó y pautó por el ritmo y evolución general de las ideas de nuestro país.

De modo muy similar a lo acontecido en otras áreas de la vida intelectual, la actualidad ha marcado una brusca ruptura de esta línea de fuerza del pensamiento católico. El alto grado de secularización manifestado por la sociedad española ha relegado ostensiblemente e irrefrenablemente la preocupación religiosa a situaciones si no de catacumbismo, sí de muy reducido interés y eco sociales. Unido ello a la existencia por vez primera en su andadura contemporánea de unas escuelas teológicas plurales y nutridas, muy permeables, además, a todas las corrientes reinantes en el mundo, se ha llegado a la conformación de un catolicismo abierto y con potencia creativa en el que el influjo francés sin presentarse desdeñable, no pasa de ser uno más de los que contribuyen

(24) Encetada por alguna autora, aún no disponemos, sin embargo, de ninguna obra acerca de esta andadura. Un libro de sumo interés que sugiere líneas de investigación posiblemente muy fecundas y en el que se dedica un breve y enjundioso capítulo a la revista *Esprit*, (pp. 238-45) es el de García Escudero, J.M., **Los sacerdotes-obreros y el catolicismo francés**, Barcelona, 1954.

(25) Al reconstruir el período de su biografía coincidente con el "Estado Francés" ningún historiador, con excepción del extremo Jacques Le Goff, acusa al régimen petainista de tentaciones cesaropapistas. Cfr. por todos Le Roy Ladurie, E., *París-Montpellier. P.C., Essais d'ego-histoire*, París, 1987, pp. 204-5.

a su dinamismo y expresión. Con perspectiva y serenidad, la historia puede ya incorporar a su territorio más inalienable el tema esquemáticamente perfilado en este discurso.

